

W. SOMERSET MAUGHAM. BURLA BURLANDO. Barcelona, Plaza & Janés, Editores, 1961, 251 p.

Se reúnen en este libro seis textos, que bordean los terrenos del ensayo y de la evocación memorialística: "Augustus" (p. 9-59), "Zurbarán" (p. 61-98). "Decadencia y fin de la novela policiaca" (p. 99-130), "Después de leer a Burke" (p. 131-164), "Reflexiones acerca de un libro" (p. 165-200), y "Algunos novelistas que he conocido" (p. 201-249).

Tres de ellos habían aparecido, primitivamente, en *The Cornhill*; otro fue dado a conocer, como conferencia, en la Universidad de Columbia. Una sección del que cierra la obra se publicó en *Life and Letters*.

"Augustus" se refiere al caballero victoriano y escritor Augustus Hare. Somerset Maugham aprovecha la curiosísima figura de éste para recrear una atmósfera finamente cursi, por la que circulan, encapsulados, grupos sociales y prejuicios, conductas y comidas, escritores (Wordsworth, Tennyson, Carlyle, Wilde) y snobs.

"Zurbarán" sirve para que el escritor inglés señale su adhesión a El Greco, y postule inmisericordemente la nula habilidad del creador de "Apoteosis de Santo Tomás de Aquino", en la composición, la carencia de inventiva, aunque le reconozca, vagamente, "un cierto instinto de lo dramático". Quita enérgicamente el marbete de 'místico' con el que algunos suelen rotular un sector del quehacer de Zurbarán, y, volterianamente, remata su aserto con este juicio:

"Es verdad que, como otros pintores de asuntos religiosos, pintó varios santos y frailes en éxtasis. Pero lo hizo mediante la fórmula usual. Los puso con las bocas entreabiertas y los ojos vueltos hacia el cielo, de modo que apenas se ve en ellos otra cosa que la esclerótica y recuerdan de manera desconcertante los besugos sobre las mesas de las pescaderías" (p. 93).

El tercer ensayo, "Decadencia y fin de la novela policiaca", es admirable. Recordemos, al desgaire, que Jorge Luis Borges escribió una vez¹, durante el curso de una breve polémica con Roger Caillois, que "el género policial es un ejercicio de las literaturas de idioma inglés".

Somerset Maugham no se remonta a la prehistoria del género, y parte estableciendo diferencias entre la novela policial y los falibles especímenes que los ingleses denominan *shockers*. Anuncia su invariable interés por las novelas que portan un asesinato y el displacer con que recibe aquéllas cuyos motivos son el fraude y el robo. Recomienda a los autores la parquedad en el número de crímenes, indicando que un muerto es cifra cabal y que dos son, aún, número tolerable.

¹SUR, N° 92, mayo de 1942, pp. 72-73. El artículo de Caillois en el N° 91.

Advierte un error básico de los autores norteamericanos: la transformación sistemática de toda narración en 'rompecabezas'² que, a menudo, rematan en degollina general, con lo que el lector se considera razonablemente burlado.

Clasifica a los detectives en tres grupos: el policía oficial, el *privâte eye* —o detective particular—, y el aficionado. Los novelistas suelen conciliar en el primero las dotes de varón concienzudo y obtuso.

Nos comunica Somerset Maugham su rechazo del ingrediente de un asesinato rebuscado:

"Recuerdo haber leído una novela en la cual se perpetraban varios asesinatos por medio de un pez venenoso introducido en una piscina. En mi opinión esas ingeniosidades son un error. Lo verosímil, como sabemos, es relativo, y sólo lo justifica el hecho de que nosotros lo aceptemos como tal. En la ficción policíaca admitimos miles de cosas, por ejemplo, que el asesino haya de olvidar en el lugar del crimen una punta de cigarro o una huella desusada, o bien que se haya embarrado los zapatos con una tierra especial, o que queden esparcidas sus huellas dactilares en la alcoba de la señora. A todos nos puede ocurrir que nuestra casa se incendie hallándonos nosotros dentro, que nos atropelle el coche de un enemigo nuestro o que seamos empujados hacia un precipicio. Pero no podemos admitir eso de que vayamos a ser devorados por un cocodrilo astutamente introducido en un gabinete de Dorchester o que, cuando estamos visitando el Louvre, algún malvado haga que, mediante perversas maquinaciones, la Venus de Milo caiga sobre nosotros y nos deje tan planos como un lenguado. Creo que el método clásico sigue siendo el mejor. El arma blanca o de fuego y el veneno, conservan las ventajas de la verosimilitud" (p. 116).

Muestra su asombro el anciano escritor frente a la proliferación de métodos descabellados para llevar a cabo el asesinato, en diversas novelas. Reprocha el empleo de situaciones que aprovechan el progreso de la ciencia, de la técnica, o los últimos descubrimientos médicos. Sugiere no apuñalar a las víctimas con finas agujas de hielo, ni electrocutarlas por teléfono, ni inyectarles burbujas de aire en las venas, infectarles con bacilos las brochas de afeitarse, o darles muerte haciéndoles lamer sellos de correo envenenados.

²No es impertinente recordar que este rasgo no es sólo privativo de la novela policial norteamericana, sino también de una parte de la inglesa. Pensamos en *Hamlet, venganza*, de Michael Innes, donde el crimen se comete durante una representación de la obra de Shakespeare; o en *¡Oh, envoltura de la muerte!*, de Nicholas Blake (seudónimo de Cecil Day Lewis), donde la clave del crimen se halla en una lectura correcta de una estrofa de una tragedia isabelina.

Admite el autor de *Servidumbre humana* su fervor hacia las novelas de los *hard-boiled writers*, cuya vigencia suele establecerse a partir de *El halcón maltés*, de Dashiell Hammet³ y su predilección por Raymond Chandler⁴.

El cuarto ensayo, contenido en *Burla burlando*, es el más débil del conjunto y se centra en torno del escritor irlandés Edmund Burke. En "Reflexiones acerca de un libro", Somerset Maugham acumula observaciones marginales a la *Crítica del juicio*, de Kant, y aprovecha de disertar acerca de un cuadro de Degas, "L'absinthe".

"Algunos novelistas que he conocido" nos proporcionan una imagen inhabitual de Henry James, que aparece pusilánime y vulgar⁵. Herbert George Wells (fallecido en 1946) es ubicado entre dos épocas, lo que permite a Somerset Maugham afirmar que el autor de *A Modern Utopia* logró ver superadas sus profecías y muy menguados los probables alcances metafísicos de algunos de sus textos, convictos hoy de una estragada temporalidad.

El libro *Burla burlando*, de Somerset Maugham, nos revela a un impensado y fino analista, a un juicioso testigo del mundo contemporáneo, que escapa indemne al rigor de los años, sin acudir al módico sistema de la diatriba, ni al lenguaje sibilino de los memorialistas que pretenden que el lector sienta algo muy parecido al aburrimiento.

ALFONSO CALDERÓN

CARLOS VILLAGRA MARSAL. MANCUELLO Y LA PERDIZ, novela. Ed. Emasa, Colección Cultura Paraguaya, 1965.

Carlos Villagra es un joven escritor paraguayo no conocido aún en nuestros medios. En algunas revistas de su país ha publicado poemas y un extraordinario cuento, *Arribeño del Norte*, en que quedan de manifiesto sus dotes de narrador y su conocimiento de los temas que trata, cualidades ambas confirmadas por *Mancuello y la Perdiz*, novela corta que ganó el Primer Premio del concurso organizado por el diario *La Tribuna* y que inicia la colección "Cultura Paraguaya".

Un niño, el pequeño patrón, observa a un hombre que trabaja cosiendo unas riendas. El escenario es una hacienda de las regiones norteañas del Paraguay. *Frente a él, a menos de medio kilómetro, la extensa*

³Erle Stanley Gardner pretende que el iniciador de la novela de 'duros' es John Daly.

⁴Nos parece extraño que Somerset Maugham, al hablar de Chandler, olvide a su compatriota J. Hadley Chase, autor de *No Orchids for Miss Blandish*, creador de la figura de *Santuario*, de William Faulkner. Un lúcido comentario sobre J. Hadley Chase se puede ver en el artículo de George Orwell, "Raffles y Miss Blandish", *SUR*, N° 159, enero de 1948, pp. 7-24.

⁵En su *A Writer's Notebook*, Somerset Maugham ha señalado que James no vivía y que sólo observaba la vida por la ventana, o se contentaba con lo que le decían sus amigos acerca de lo que ellos veían.